

Los fenicios y el tesoro de Aliseda

Resumen de la conferencia pronunciada el 2 de Enero de 1924 en el Instituto General y Técnico de Córdoba, 5.^a del curso organizado por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de esta Ciudad.

SEÑORES:

Las lisongeras palabras que acaba de pronunciar don Rafael Castejón, solo son dictadas por la amistad y el cariño a un antiguo condiscípulo; yo vengo esta noche a charlar un rato sobre el arte ibérico, aunque tema que mi voz desentone entre las muy elocuentes de las autoridades científicas que me han precedido y seguirán en el uso de la palabra, en días sucesivos; pero atentamente invitado por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, he creído que como cordobés debía de contribuir a sus fines culturales, aun conociendo cuán escaso es mi valer para salir airoso de un empeño tan grato a mis aficiones como superior a mis fuerzas.

El pueblo fenicio fué el maestro en el arte de navegar. El libro de los Reyes menciona que Salomón tenía su flota con la de Hiram, rey de Tyro y cada tres años la enviaba a Tarsis, por oro, plata, dientes de elefantes, monos y pavos, lo que hace suponer una confusión de los productos de Iberia con los de Africa. Herodoto nos dice que Netrao tuvo que recurrir a los fenicios para que le tripularan los navíos que dieron la vuelta al Africa. Los bajo-relieves asirios nos muestran el tipo del barco fenicio, y consta de las inscripciones cuneiformes, que Senaquerib tuvo entre sus prisioneros de guerra numerosos fenicios que por orden del rey construyeron bajeles en el Tigris y en el Eufrates. Sea o no la odisea, como la suponen algunos eruditos, la integración en un nostos griego de un poema y de un periplo semítico nos describe la forma de navegar en el siglo XI antes de J. C.

El mástil de abeto se izaba en el travesaño, atado con sogas, la vela sujetábase con correas bien torcidas, los remeros sentados en bancos de madera (con dos filas de remos en cada banda, en los barcos fenicios) y desatando de la piedra agujereada la amarra del barco, lo dirigían por el ignoto mar. Navegaban sólo de día, deteniéndose en las costas donde formaban los campamentos; mas adelante aprendieron a guiarse por las estrellas y viajaban también durante la noche.

El pueblo fenicio, sin historia militar conocida, fué no obstante el que desempeñó un papel más grande en la antigüedad como propagador de la civilización. Supo asimilarse como ninguno otro, la de los grandes focos de Egipto, Asiria y el Miceniano. En sus viajes por el Mar Mediterráneo, propagó el alfabeto, las industrias metalúrgicas, la fabricación del vidrio, los tintes de púrpura, la salazón del pescado, etc. Su industria orfebrera llegó al mayor esplendor. Conocieron el repujado, el estampado y la fundición. Con la filigrana hicieron los trabajos de mayor delicadeza y belleza de la antigüedad. Recubrían las joyas con bolitas de oro muy menuditas y empleaban el granulado, cuyo procedimiento de fabricación no conocemos, y que transmitieron a los Etruscos, después de aprenderlo, lo mismo que la fabricación del vidrio, de los Egipcios.

Debieron poseer, por consiguiente, para ejecutar esta clase de trabajos, una serie de instrumentos de gran precisión, así como los necesarios para el laminado, el batido y la fundición del oro.

En el siglo XIV, se supone que vinieron a España, siendo acogidos favorablemente por los indígenas. Entre las colonias que fundaron, la que alcanzó mayor prosperidad en el siglo XI, fué Gadir, según los clásicos griegos y romanos, y los restos arqueológicos encontrados, entre los cuales figuran el notable sarcófago antropoide, fenicio lo mismo que el esqueleto que contenía, y las sepélturas de Punta de Vaca, las más antiguas de carácter micénico y las alhajas de estilo asirio-greco.

Según los testimonios más seguros, colonizaron y dominaron de un modo permanente la Andalucía Occidental hasta el Guadiana; pero los hallazgos en Portugal de joyas de técnica fenicia, como el tesoro de Lebuçao (Tras-Os-Montes) el collar de Da Estella (Povoa de Varzim) y las arracadas de Castro Laundos y de Montoñedo, juntamente con la supervivencia del tipo semita entre los pescadores de Povoa de Varzim, nos hace suponer una colonización fenicia intensa en toda la Lusitania, hasta llegar a Galicia, y cuyas huellas siguieron después los cartagineses.

El estímulo de esta penetración, además del comercio, fué la explotación de las minas siendo probable que les atrajeran los yacimientos estañíferos y se dedicasen a explotar estos con preferencia.

Los vestigios que existen de sus creencias religiosas, tanto como los restos arqueológicos, prueban que esta colonización en un principio cos-

tera, penetró muy pronto en el interior, fundando ciudades, como ya sostuvo don Eduardo Hinojosa. Contribuyó a tan rápido incremento la audacia de los inmigrantes que con sus barcos de poco calado remontaban el curso de los ríos.

Las prácticas y símbolos religiosos de que han dejado huella a su paso por la Península son numerosos. El culto del Sol y la Luna, de origen fenicio, aquí se ha practicado: el mito de Gerión es de carácter solar: se conserva un sol pintado en el sepulcro de la dehesa de Toñinuelo en Jerez de los Caballeros (Badajoz); el dios Melkart tuvo un templo, levantado en el Promontorio Sacro. El de la Luna fué importado por los galos celtas y los fenicios, que traficaron con los objetos del culto sidonio y egipcio. Durante la dominación romana se practicó intensamente el culto de Isis en Mérida (Emérita Augusta) Guadix (Acci) y Montemayor (Vlia). La prodigalidad en las monedas ibéricas de la Bética de los símbolos de la luna y del sol se explica por la extensión de los territorios ocupados por los Tirios y Sidonios.

Existe una superstición muy corriente en Extremadura, la de colgar del cuello de los niños una media luna de hierro, con objeto de evitarles enfermedades, si la luna los «coge». ¿No será una práctica proveniente de los fenicios?

Los objetos del comercio y de la industria de este pueblo encontrados en la Península eran bastante escasos, con excepción de los de la Necrópolis de Cádiz, ya mencionada y los de Acebuchal, en Carmona, cuando el día 29 de Febrero de 1920, en Aliseda, partido judicial de Cáceres, cavando unos tejeros en el ejido del pueblo, para sacar arcilla, encontraron entre los restos de unas sepúlturas de incineración gran cantidad de alhajas de oro y algunas de plata. Los descubridores vendieron los objetos en Cáceres. Intervino oficiosamente la Comisión de Monumentos, y el 10 de Marzo, presentó una denuncia en el Juzgado de Instrucción el Secretario del Ayuntamiento, en nombre de la Corporación, como propietario de los terrenos donde se habían hallado, reclamando sobre la licitud de la venta.

El Juzgado rescató parte de las alhajas vendidas, a un relojero; anuló la venta, recogió lo que los demás vecinos cribando la tierra habían encontrado y por último un fraile franciscano entregó en el Juzgado, bajo secreto de confesión, el resto de las alhajas. En el Boletín Oficial del Ministerio de Instrucción Pública, correspondiente al 7 de Marzo de 1922, se inserta una Real orden haciendo relación de las vicisitudes porque pasaron dichas alhajas.

En las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, dió cuenta el señor Mérida del descubrimiento, y a propuesta de las mismas, el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Natalio Rivas, declaró las alhajas y objetos de referencia como pertenecientes a la

Nación, en cumplimiento de la ley de excavaciones, y ordenó la tasación legal de las mismas.

Después se han producido pleitos e incidencias, lo que ha motivado que aún no haya satisfecho el Estado, ni incluido en sus Presupuestos cantidad alguna para el pago de las alhajas a los descubridores. Triste ejemplo de la incuria de nuestra burocracia que se tendrá muy presente en Extremadura para no dar cuenta de ningún hallazgo artístico a las personas doctas, ni a las Corporaciones, al ver que pasa un año y otro y el Estado no recompensa, como es justo, a los que han descubierto tan importante tesoro, que son modestos trabajadores que viven en la mayor indigencia.

La antigüedad de Aliseda se pierde, según la frase gráfica de los historiadores, en la noche de los tiempos: sus alrededores, fueron poblados por el hombre primitivo, como lo prueban los dólmenes de Valencia de Alcántara, y que siglos después tenía vida próspera la población, se evidencia con las monedas encontradas de distintas épocas, como son una dracma siracusana, un as, denarios familiares romanos y un victoriato del final del imperio, y con las ruinas de Cabeza Rabbi, romanas según escritores locales, y de las que se ocupó el Marqués de Monsalud en el Boletín de la Academia de la Historia en 1903.

Se ha querido identificar a Aliseda con la Isaelecus citada por Tolomeo en su Carta geográfica. En la ladera de la montaña de Cabeza de Rabbi hay nueve sepulturas, labradas en hueco en la misma roca, de 1,90 m.^s de largo por 0,50 m.^s de ancho. La anchura no es uniforme pues la parte de los hombros es algo más del medio metro. La parte de la cabeza es redonda y con un escalón para levantarla un poco. Las sepulturas se cubrían con una tapa. Este tipo es abundantísimo en Extremadura y lo creemos ibérico, aunque otros lo suponen visigodo. Los alrededores están sembrados de cascotes de ladrillos rojos, muy gruesos, con reborde, y de lanchas de pizarra (el terreno no es pizarroso), por lo que creemos sean los restos de otras sepulturas completamente destruidas.

En un pago de viñas inmediato a Cabeza Rabbi, después del hallazgo de las alhajas, unos vecinos del pueblo empezaron a cavar ocultamente una noche y como a un metro de profundidad encontraron tres grandes sillares de piedra, en uno de los cuales aparecía toscamente labrada en hueco, como una pierna humana. Los sillares continúan formando un muro. ¿Serán los restos de un templo ibérico, fenicio o romano?

A un kilómetro de Aliseda hay una mina de hierro llamada la Abundancia, y a unos tres, otra llamada la Plata. Estas minas han sido explotadas en época incierta y son la explicación más lógica de las empresas colonizadoras de los fenicios en Aliseda. En las minas de fosforita del Cerro del Caracol se han encontrado huesos fosilizados y el docto catedrático Sr. Hernández Pacheco, ha reconocido restos de carnívoros, entre ellos

de una félica del tipo y tamaño del lince y del Félix spelae (león de las cavernas).

Ocupémonos ya del famoso tesoro descubierto, cuyos objetos vamos a describir a continuación: Figura en primer lugar una *diadema* del mismo tipo que la ibérica de Javea. Se compone esta alhaja de tres cuerpos, el central formando un rectángulo, con dos vértices triangulares. Una mano hábil en cuyo poder estuvo, unió las distintas piezas, pero no todas, por lo que ha quedado reducida en tamaño. El rectángulo está dividido en tres zonas; adornada la primera, mitad a lo ancho y la otra mitad a lo largo, por golpecitos de cordoncillo de oro, dispuestos en hueco en forma ovoidea: la central formada por plaquitas adornadas con cuatro rosas tangentes de filigrana y cuyos pétalos puestos de filo se agrupan alrededor del botón que se conserva compuesto de una turquesa: la tercera zona está también adornada con cordoncillo de oro a lo largo y festoneada por un fleco de cuentecitas de oro. Las piezas triangulares están rodeadas por un cordoncillo de oro dentro de un cajetín, con botones que tuvieron piedras o vidrios, y una ornamentación vegetal de finísima labor de repujado

Dos *arracadas*, que aunque muy destrozada una, forman, con la diadema y el collar, el aderezo más soberbio que tiene el arte ibérico: no hay nada que por su valor artístico pueda comparársele.

El cuerpo central de las *arracadas* es liso, en forma de morcilla y con broche en su terminación para el lóbulo de la oreja: a su alrededor se va agrupando la ornamentación de botones, campanillas abiertas y cerradas que imitan lotos, palmetas y gavilanes afrontados. Las campanillas tenían sus corolas llenas de esmaltes: su decoración es de punteado granuloso. Además del broche lleva una cadena para suspenderla del pabellón de la oreja, sujeta por una anillita al roleo del último tallo, pues por su mucho peso no hay lóbulo que pueda resistirla sin lastimarse. En la misma forma las tienen las *arracadas* de Castro Laundos, moda que tenemos que suponer fué corriente en la Lusitania.

La forma exquisita con que están hechas la multitud de las piecitas de las *arracadas*, que encajan por ajustes remachados los unos en los otros, su aspecto deslumbrador, juntos con la diadema y los juegos de luz y sombra de los adornos de ésta, con su filigrana y el estampado de sus labores, recuerda la orfebrería miceniana, el collar y las alhajas del Bósforo Cimeriano y tantas otras obras maestras de los artistas egipcios y griegos.

El arte ibérico puede envanecerse con semejantes joyas.

Dos *brazaletes*, que son un aro de oro, con labor calada en el centro en dos zonas, formadas por eses tendidas y enlazadas las unas a las otras, como tallos serpenteantes: los bordes están adornados por una media ca-

ña entre dos trenzados que imitan cordones, y los extremos terminados en redondo, con palmetas asirias y labor de punteado. La decoración de eses se presenta de muy antiguo en las artes orientales; aparece en cilindros eteos, y en los griegos, en el arte miceniano; en España, en la ornamentación de la espada de Almedinilla; en una de las estatuas del cerro de los Santos, y en Portugal, en las arracadas de Affife y muy frecuentemente en la cerámica ibérica.

Aparecieron sueltas, una gran cantidad de *plaquitas* cuadradas y rectangulares (dos mayores) y una cinta de oro. Las cuadradas en número de treinta y cinco, llevan en estampado la lucha entre un hombre y un león puesto de pié, de cabeza y boca muy grande; es el león asirio o algún genio del mal de que las religiones orientales están llenas. La manera de retorcer la cola del león, su boca desmesurada, la indicación de la melena y el acuse de fuerza en los miembros del hombre recuerda los bajo-relieves asirios. El fondo está cubierto de un punteado granuloso: los bordes superior e inferior agujereados, conservaban muchos de los clavitos sumamente diminutos y torcidos, que prueban el haber estado clavados. Escenas de luchas son los marfiles fenicios de Acebuchal.

Las plaquitas rectangulares son veinticuatro y llevan también en estampado un grifo, con cuerpo de cuadrúpedo, alas en el tronco y cabeza de ave, semejante a los que la superstición egipcia creía que poblaban sus desiertos limítrofes y que tanto abundan en la mitología asiria. El fondo es de granulado y en el borde inferior se ven tres lotos y los agujeritos con los clavitos igualmente que en el borde superior. M. Martho reproduce en su *Archéologie Etrusque et Romaine*, unos grifos muy parecidos que proceden de las guarniciones de un cofre fenicio.

Las dos placas mayores, formadas de tres piezas cada una, pegadas con una materia oscura desconocida, forman un rectángulo, el extremo de una en curva saliente y la otra en entrante. En estampado lleva el mismo asunto de la lucha del hombre y del león repetido, y una serie de palmetas formada cada una por un tallo curvo de medio círculo y dos tallitos dentro: la pieza central solo tiene palmetas contrapuestas. El fondo todo es de punteado.

Con estas piezas sueltas se ha reconstruido un *cinturón*, que podríamos llamar sagrado o sacerdotal, por sus motivos religiosos, debiéndose este concienzudo trabajo al ilustre Director del Museo Arqueológico Nacional, mi querido maestro don José R. Melida. Sobre una tira de cuero, se ha colocado la cinta de oro, que no lleva más decoración que cuatro líneas paralelas dos a dos; los extremos tenían dos orificios, hoy tapados, en la reconstrucción y en los bordes las huellas de los clavitos; arriba y abajo, a lo largo de la cinta, se han clavado las plaquitas colocando las rectangulares más pequeñas en los extremos y al final los broches, cuyo ancho es

algo mayor que el cinturón así formado. Los broches eran los elementos más seguros para la reconstitución, por el encaje perfecto de sus curvas, entrante y saliente, además de haberseles encontrado frecuentemente en necrópolis ibéricas. La longitud del cinturón es hoy de 0'683 m.^s de largo y 0'025 al ancho.

Hay ocho *sortijas* de aspecto y técnicas diferentes. Tres de ellas son sellos signatarios, con piedras montadas en tal forma que giran presentando las dos caras; en la superior llevan tallado el escarabajo sagrado de los egipcios, que copiaron los fenicios, y en la inferior van grabados distintos asuntos de inspiración y estilo egipciante, que son un jaspe que lleva impresa una figurita con un bastón o cetro en la mano y un largo abrigo; en esta forma se representaba a los dioses Ammón y Osiris. Una amatista, que tiene dos figuritas sentadas de perfil, con cuernos una, y mitra egipcia la otra, y cetros en las manos: delante dos genios alados y sobre una columna que simboliza el altar, una crátera con el fuego sagrado, y cobijando a todos, el gavilán protector con sus largas alas extendidas. La otra piedra es una cornalina, con una figurita religiosa sentada en un trono, con dos cabezas y cuatro alas, tocadas con el Pochent, que simbolizaba la unión del alto y bajo Egipto, la cruz anseada en una mano y tres flores de loto muy estilizadas. En tan pequeño espacio no falta ninguno de los atributos divinos del Faraón. Estos sellos son de un tallado y grabado perfectos, que honra a los artistas del pueblo que los produjo; el grabador ha sabido vencer la dureza de la piedra con gran conocimiento y maestría.

La monturas, de oro, son algo bastas, y la de la amatista, con sus abrazaderas enroladas y su aro retorcido en ondas, inicia una decadencia en el arte. El aro del jaspe y de la cornalina es una chapa de oro.

Una de las sortijas es del tipo de los escaraboides fenicios y cartagineses, de carácter funerario, cuya piedra son cuatro cabecitas, unidas dos a dos, por las barbas, la mitad de los rostros es una mascarilla de oro, formada por una laminita muy fina, y la frente los pómulos y la boca de relleno de turquesa.

Dos sortijas tienen escarabeos esmaltados, terminando los extremos del aro de una, en cuatro caulículos como los tallos de una planta, para coger dos casilleros con piedras de las que sólo conserva una de pasta vítrea cubierta por un esterillado de oro, pues la otra falta. Cuando la vimos en el Juzgado presentaba señales recientes de haber saltado la piedra. En el otro escarabeo termina el aro en palmetas asirias muy estilizadas, que cogen los casilleros, con dos escarabeos rellenos de pasta vítrea azul.

Otras dos sortijas de fundición, presentan el anillo y el chatón de una sola pieza: la una tiene el anillo cubierto de eses enlazadas y punteado, finamente grabado y en el chatón también grabado, un caballo con su jinete; asunto muy generalizado en las monedas ibéricas. La otra con el

chatón alargado es igual a las encontradas en Cerdeña y Cartago: lleva grabada una barca de las que los egipcios usaban para navegar por el Nilo, terminadas la proa y la popa en cabeza de ave, con mástil sin vela, en el centro, la flor de loto, estilizada donde se metía el capitán para dirigir el rumbo, el remero en actitud de sacar los remos del agua y un unicornio sentado; peces dentro del agua y un ibis remueve el fango con el pico.

Como elementos de una de las más valiosas preseas del tesoro se encontró grán número de cuentas de oro, dijes, talismanes etc., que formarían un largo collar de varias vueltas cayendo sobre el pecho de las iberas, como vemos en las estatuas del cerro de los Santos y, sobre todo, en el incomparable busto de la dama de Elche, cuyo collar ya dijo Salomón Reinach que era fenicio. Las piezas que se conservan son diez y nueve glandes, un poco aplastados y con el contorno adornado con un pequeño rayado y cabeza con canutillo para engazarlos, uno de los glandes es mayor. Los hay iguales al amuleto encontrado por Bousor en la Necrópolis de la Cruz del Negro, y uno es como el central de la tercera vuelta del collar de la dama de Elche.

Los estuches colgantes son de distintas formas: uno es cilíndrico, dos facetados, otros dos terminados en un casquete esférico, iguales a los encontrados en Ibiza: otros dos con cabezas de gavilán y el disco solar, son también semejantes a los de Punta de Vaca e Ibiza. Un par de talismanes representan el disco solar entre los cuernos de la luna y son lisos y bombeados. El encontrado en Villaricos tiene labor de granulado, y Siret dice que es un símbolo esencial del pueblo fenicio. Dos imitan cabezas de lagarto o de una culebra pequeña y sus ojos separados tuvieron pasta vítrea, recientemente saltada por las señales que pude observar con el auxilio de la lente: la cabeza está adornada con el punteado de oro, como queriendo imitar las irisaciones de la piel del lagarto. El collar de Casas de Millan es del mismo estilo. El torques de Alcalá de Chivert, tiene tres cabezas de serpientes semejantes, con labor geométrica de punteado, como es corriente en los fenicios. El señor Mérida supone este torques púnico y como una de las muestras de la industria orfebrera desarrollada en la Ede-tania, antes de la destrucción de Sagunto.

Completan los elementos del collar, diecinueve cuentas fusiformes y tres esféricas. Cuatro esféricas cubiertas con labor granulada de una gran belleza, que quizás no fueran piezas del mismo. Una de vidrio cilíndrica vimos en poder de un vecino de Aliseda.

Existen ciento noventa *palmetas* de aplicación al traje o velo femenino, cuyo uso se desconoce. Están formadas por dos palmetas estampadas y pareadas unidas por un mismo tallo enrollado, con un pequeño canutillo que le sirve de asita para pasar un hilo. El revés tiene la chapa lisa. Las

palmetas son iguales a las del arete cartaginés encontrado en Andalucía

Es uno de los motivos ornamentales que se repiten más en Oriente y en la misma Grecia.

Dos *cadénitas* de 0'0675 y 0'0670 de largo. Uno de los hilos del trenzado de la cadena va formando engarces. El extremo de una de ellas tiene un corchete para abrochar.

Un *aro*, hueco, que disminuye en los extremos terminando en dos bellotitas que lo cierran. El tocado ibérico fué descrito por Artemidoro y en las excavaciones de la Arcóbriga encontró el marqués de Cerralbo una pieza de hierro en forma de collar cilíndrico, pero con una delgada placa a la altura de la nuca, que se ha supuesto servía para sujetar el alto tocado de las iberas. Este aro pudo tener el mismo uso.

Un *plato* o cuenco de 0'185 de diámetro y 0'035 de altura, liso y sin pie. Pudo ser empleado como vaso para perfumes o afeites. Recuerda este cuenco las copas sin pie utilizadas para las libaciones y que los griegos llamaban *fialas*, adornadas casi siempre con flores de loto, pues los egipcios fueron los primeros en usar esta clase de vasos.

Todos los objetos reseñados son de oro. De plata es un *brasero* crematorio de 45 centímetros de diámetro y 1,425 gramos de peso, muy parecido al encontrado por Bousor en Carmona, en la cañada de Ruiz Sánchez, del cual se distingue en que sobre la parte inferior del reborde van fijadas, pero en sentido opuesto la una a la otra, dos manos de seis dedos, sumamente largas, cuyos antebrazos terminan en dos anillas a donde va engarzada el asa móvil.

Lo extraño es la mano de seis dedos, y quizá no fuera capricho del comercio púnico, sino creencia religiosa del pueblo lusitano, que según testimonios y restos arqueológicos era muy supersticioso en aquellos remotos tiempos. Dos manos del mismo estilo, de forma curva, que pertenecieron a un brasero, fenicio, forman parte de la colección de bronce antiguos de don Antonio Vives, adquiridos por el Estado Español y que fueron clasificados por el señor Mélida como fenicias. El brasero de Carmona estaba colocado sobre el pecho del cadáver al incinerarlo sobre la fosa crematoria. Se encontraron también pedazos de plata de otro brasero.

Estaba intacto, pero lo rompieron los muchachos jugando con él, y tirándolo contra las piedras, un vaso de vidrio, de color verde, con una boca de 45 milímetros. Lleva grabada una inscripción en caracteres jeroglíficos egipcios alrededor del cuello y cartuchos o sellos reales encima. El Juzgado solo pudo rescatar dos pedazos. Ni con halagos ni amenazas conseguí del niño los otros pedazos de vidrio; pero al cabo de meses fueron al fin rescatados por don Jacinto Acedo y remitidos al señor Mélida, con lo que ha quedado completo afortunadamente el vaso. Es la primera inscripción jeroglífica encontrada en España y por lo tanto de una impor-

tancia grandísima el hallazgo. Los signos están todos muy estilizados, lo que dificulta extraordinariamente su interpretación. Esta estilización pudo tener su origen en el grabador, sobre todo si era fenicio, pues los artistas de este pueblo simplificaron más que los mismos egipcios y otras veces copiaban a capricho geroglíficos, sin formar palabras ni representar ideas.

El señor Mélida ha leído en el vaso las palabras «*El señor*» «*Real ofrenda*» «*Consagración al Dios*» «*Consagración agradable al Dios*»

De todos los pueblos del mundo oriental el que con más certeza podemos considerar como importador de este tesoro, o de su fabricación en la Península, es el fenicio. Se trata, pues, de un tesoro púnico, ya que como dice Menéndez Pelayo, «es sumamente difícil separar la arqueología fenicia de su gran colonia africana, sin que a veces pueda establecerse un verdadero deslinde entre lo que peculiarmente atañe a la religión, cultura artística e instituciones de uno y otro pueblo».



CABRA DE BRONCE

Las alhajas de Aliseda por sus caracteres y la comparación con los objetos púnicos encontrados en la Península las hemos de considerar, como del siglo VI antes de J. C. Lo que no admitimos es que fuera un tesoro enterrado. Muy removido estaba el terreno, lo que nos impidió el conocer la forma de la sepultura o sepulturas, formadas por las varias piedras que vimos en la choza de los tejeros a donde las habían llevado. Estas piedras por la naturaleza del terreno arcilloso no se pueden considerar como de acarreo y el encontrarse con las alhajas nos hizo suponer la existencia de algunas de las sepulturas diseminadas en Extremadura en las que son frecuentísimos los hallazgos de objetos de oro, como si esta tierra hubiera sido la más fecunda en tan precioso metal. No ha faltado quien haya supuesto que el tesoro de Aliseda fué enterrado ante el avance cartaginés. Solo a título gratuito y sin ningún fundamento científico puede hacerse una suposición semejante.

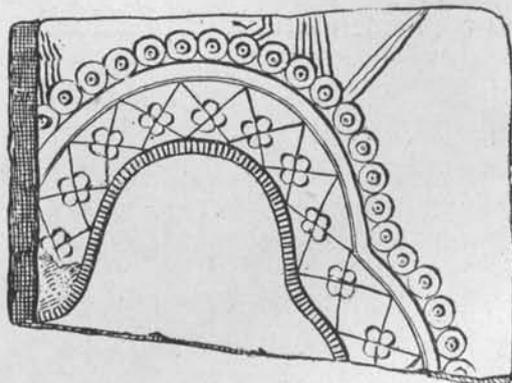
Aliseda es fácil que siga dando más restos arqueológicos si sus hijos no los ocultan ante el miedo de la incautación por el Estado. Un pastor encontró en el monte una cabra de bronce, que con grandes dificultades ha sido adquirida recientemente por el Museo de Cáceres. Es de buen arte y ofrece gran naturalidad de expresión en su actitud de reposo. En el testuz lleva un adorno de círculos. Fué fundida por el sistema del molde per-

Las alhajas de Aliseda por sus caracteres y la comparación con los objetos púnicos encontrados en la Península las hemos de considerar, como del siglo VI antes de J. C. Lo que no admitimos es que fuera un tesoro enterrado. Muy removido estaba el terreno, lo que nos impidió el conocer la forma de la sepultura o sepulturas, formadas por las varias piedras que vimos en la choza de los tejeros a donde las habían llevado. Estas piedras por la naturaleza del terreno arcilloso no se pueden considerar como de acarreo y el encontrarse con las alhajas nos hizo suponer la existencia de algunas de las sepulturas diseminadas en Extremadura en las que son frecuentísimos los hallazgos de objetos de oro, como si esta tierra hubiera sido la más fecunda en tan precioso metal. No ha faltado quien haya supuesto que el tesoro de Aliseda fué enterrado ante el avance cartaginés. Solo a título gratuito y sin ningún fundamento científico puede hacerse una suposición semejante.

dido. Los hallazgos de cabras de bronce en Extremadura no son raros. El marqués de Castro-Fuerte, poseyó cuatro encontradas en Arroyo del Puerco. Dos de ellas tenían dedicatoria a la diosa Adaegina Turibrigense, a la que también se han encontrado dedicadas otras lápidas. La de Aliseda viene a aumentar el número, pero carece de dedicatoria latina, por lo que la suponemos ibérica y como prueba de un culto local que hay que añadir a los muchos conocidos en la Lusitania.

También se ha encontrado un pedazo de pizarra, partida, de 40 milímetros de largo por 52 de ancho, y con un agujerito y una ranura por debajo, como las llaves que tienen los moldes de platería para sujetarlo. No es otra cosa que uno de estos moldes de platería cuyo medio de utilizarlo desconocemos. No tiene profundidad para que el metal fundido corra con facilidad; pero ya sea por este procedimiento, ya por presión suave y continúa, dada la maleabilidad del oro, obtendrían el molde. Facilmente se obtiene con cera o barro. Completando el dibujo puede conseguirse un glante de pecho alargado y achatado con un borde de florecitas y círculos con agujeritos, adorno este último que tenemos en la fíbula del tesoro de Mogón.

Las pizarras labradas son frecuentes también en la Lusitania. Rada y Delgado al dar cuenta a la Academia de la Historia, en 1888, de una viria o torques encontrada en Orellana de la Sierra, la antigua Aureliana, dice que en el mismo sitio en que se encontró el torques se hallaron «bastante cantidad de pizarras de diversos tamaños, labradas sólo por una de sus caras con esmerado pulimento y una pequeña concavidad formando canal.» Con estos datos incompletos no podemos formar juicio exacto respecto a estas pizarras, limitándonos a afirmar que son frecuentes en los dólmenes y en las sepulturas.



Molde para fundir alhajas fenicias

La riqueza de oro de los ríos españoles fué proverbial en la antigüedad, sobre todo en el Tajo, el *Aurifer Tagus*. Según Plinio, en un año se produjeron 20.000 libras de oro en Lusitania, Galicia y Asturias. Muchos ríos de la Península siguen arrastrando pepitas de oro en sus arenas, y en Garrovillas, las mujeres se dedican algunas veces a recoger las arenas del Tajo en busca del codiciado metal.

En Pova de Varzim, junto con el collar ya mencionado, se encontraron granos de oro y de plata fundidos, con señales uno de haberle cortado un pedazo con un instrumento a propósito, lo que supone la creación de una

industria orfebrera en la Lusitania. Razonando lógicamente, tenemos la existencia de oro en el Tajo, lugar cercano a Aliseda, y la presencia de un molde de platería, como testimonio indubitable de fabricación, lo que nos induce a pensar que las industrias orfebreras que existieron en las costas de Portugal penetraron, lo mismo que la colonización fenicia, en el interior, dando por resultado una amplia industria de orfebrería ibérica, paralela a su metalurgia conocida, y la cual se desarrolló de una manera intensa, con influencias griegas y orientales y técnica fenopúnica, alcanzando su mayor florecimiento en los siglos VI y V en que se inició rápidamente la decadencia.

Como pertenecientes a esta fabricación ibérica ha llegado hasta nosotros multitud de torques en Lusitania, las diademas de Ribadeo y Javea, las alhajas de Tutugi, el arete de Andalucía, las arracadas de Tivisa, el collar de Casas de Millán, (Cáceres) el pendiente de oro ibérico del Museo de esta capital, los tesoros portugueses de Lebuçao, Da Estella, Castro Laundos, y finalmente de Aliseda por su iberismo, la diadema, algunas piezas del collar, la sortija con el caballo y el jinete, dejando el incluir como ibéricas otras alhajas de Aliseda con la esperanza de que nuevos descubrimientos confirmen nuestra suposición.

MIGUEL ANGEL ORTI BELMONTE.

